

Charlie Jane Anders

**Todos los pájaros  
del cielo**

Traducción de  
Natalia Cervera

Corrección de estilo a cargo de  
Antonio Rivas



Título original: *All the Birds in the Sky*

Primera edición: julio de 2018

© 2016 by Charlie Jane Anders

Publicado de acuerdo con la autora, por mediación de  
Baror International, Inc., Armonk, Nueva York, EE.UU.

© de la traducción, Natalia Cervera de la Torre, 2018

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2018

Fotografía de la autora: © Tristan Crane

Diseño de cubierta: Will Staehle

Corrección de estilo: Antonio Rivas

Revisión de galeradas: Antonio Torrubia

Maquetación: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

Comandant Benítez, 22 Ático 3ª - 08028 Barcelona

[www.insolitaeditorial.com](http://www.insolitaeditorial.com)

IBIC: FL

ISBN: 978-84-948986-0-0

Depósito legal: B. 17.558-2018

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

*Para Annalee*



En el juego de la vida y la evolución hay tres jugadores sentados a la mesa: los seres humanos, la naturaleza y las máquinas. Yo apoyo firmemente a la naturaleza. Pero la naturaleza, sospecho, está de parte de las máquinas.

GEORGE DYSON, *Darwin entre las máquinas*



# **Libro primero**





# 1

Cuando tenía seis años, Patricia encontró un pájaro herido. El gorrión se revolvía encima de unas hojas rojizas húmedas, amontonadas entre dos raíces, agitando el ala rota. Llorando, con un tono casi demasiado agudo para el oído de Patricia. Miró al gorrión a los ojos, rodeados de una franja negra, y vio su miedo. No solo miedo; también abatimiento, como si el pájaro supiera que iba a morir pronto. Patricia seguía sin entender cómo la vida podía abandonar para siempre el cuerpo de alguien, pero se daba cuenta de que aquel pájaro luchaba contra la muerte con todas sus fuerzas.

Patricia se propuso de todo corazón hacer cuanto estuviera en su mano para salvarlo. Aquello fue lo que provocó que le plantearan una pregunta para la que no había ninguna respuesta buena, y que la marcó de por vida.

Con mucha delicadeza, cogió el gorrión con una hoja seca y lo depositó en su cubo rojo. Los rayos del sol de la tarde incidían horizontalmente en el cubo y bañaban al pájaro con una luz roja que le confería un aspecto radiactivo. El pájaro seguía revolviéndose, intentando volar con un ala.

—No pasa nada —le dijo Patricia al pájaro—. Te tengo. Todo va bien.

No era la primera vez que Patricia veía a un animal en apuros. A Roberta, su hermana mayor, le gustaba recoger animales salvajes para jugar con ellos. Roberta metía ranas

en una batidora oxidada que su madre había tirado y embutía ratones en su lanzacohetes casero para ver hasta dónde podía lanzarlos. Pero aquella era la primera vez que Patricia miraba a un ser vivo dolorido y lo veía realmente, y cuanto más se posaban sus ojos en los del pájaro, más firmemente se prometía que lo protegería.

—¿Qué pasa? —preguntó Roberta, saliendo de repente de entre unas ramas cercanas.

Las dos eran pálidas, con el pelo castaño oscuro que crecía tieso se hiciera lo que se hiciera y la nariz chata. Pero Patricia era una chica indómita y desaliñada de cara redonda, ojos verdes y manchas de hierba perpetuas en el peto desgastado. Ya se estaba convirtiendo en la chica con la que otras chicas no querían sentarse porque era demasiado activa, hacía chistes sin sentido y lloraba cuando pinchaban el globo a quien fuera, no solo a ella. Roberta, por su parte, tenía los ojos marrones, el mentón en punta y una postura absolutamente perfecta cuando se sentaba impertérrita en una silla para adultos con un vestido blanco y limpio. Cuando iban a nacer, y fue el caso de las dos, los padres deseaban tener un hijo y habían elegido un nombre de antemano. Con la llegada de cada hija se limitaron a feminizar el nombre que ya tenían.

—He encontrado un pájaro herido —dijo Patricia—. No puede volar; tiene un ala destrozada.

—¿A que puedo hacerlo volar? —dijo Roberta, y Patricia supo que hablaba de su lanzacohetes—. Tráemelo y ya verás lo bien que vuela.

—¡No! —A Patricia se le anegaron los ojos y sintió que le faltaba el aliento—. ¡No puedes! ¡No puedes! —Y echó a correr a toda velocidad, con el cubo rojo en la mano. Oía a su hermana detrás, aplastando ramas a su paso. Corrió más deprisa, de vuelta a casa.

Su casa había sido una tienda de especias cien años atrás, y conservaba el olor de la canela, la cúrcuma, el azafrán y el ajo, todo ello mezclado con un leve aroma a sudor. Habían

pisado los perfectos suelos de tarima visitantes de la India, de China y de todas partes, que transportaban cualquier condimento que existiera en el mundo. Si cerraba los ojos y aspiraba a fondo, Patricia podía imaginar a la gente que descargaba cajas de madera envueltas en papel continuo y estampadas con los nombres de ciudades como Marrakech y Bombay. Sus padres habían leído en una revista un artículo sobre la renovación de edificios comerciales coloniales y se habían hecho con aquel, y se pasaban el día gritando a Patricia hasta que se les hinchaban las venas de la frente, diciéndole que no corriera dentro de casa ni arañara ninguna de las perfectas molduras de roble. Los padres de Patricia eran de esos que pueden estar de buen humor y enfadados casi a la vez.

Patricia se detuvo en un pequeño claro rodeado de arces, cerca de la puerta trasera.

—Está bien —le dijo al pájaro—. Voy a llevarte a casa. En el desván hay una jaula vieja; sé dónde está. Es una jaula muy bonita, con un palo para posarse y un columpio. Te meteré ahí y se lo diré a mis padres. Si te pasa algo, contendré la respiración hasta desmayarme. Te mantendré a salvo. Te lo prometo.

—¡No! —dijo el pájaro—. ¡Por favor! No me encierres. Preferiría que me matases ahora mismo.

—Pero... —dijo Patricia, más desconcertada por que el pájaro rechazara su protección que por que estuviera hablándole—. Puedo mantenerte a salvo. Puedo traerte bichos, semillas o lo que sea.

—El cautiverio es peor que la muerte para un pájaro como yo —dijo el gorrión—. Escucha. Me oyes hablar, ¿verdad? Eso significa que eres especial. ¡Como una bruja! O algo así. Y eso significa que tienes el deber de hacer lo correcto. Por favor.

—Oh. —Todo aquello era demasiado para que Patricia pudiera digerirlo de golpe. Se sentó en una raíz particularmente grande y nudosa, con una gruesa corteza que se

notaba algo húmeda y recordaba un poco a una hilera de rocas dentadas. Podía oír a Roberta golpear la maleza y el suelo con un gran palo en forma de Y, en el claro contiguo, y se preguntó, preocupada, qué ocurriría si los oía hablar—. Pero... —dijo Patricia, en voz baja para que su hermana no la oyera—. Pero tienes el ala herida, ¿verdad?, y necesito cuidarte. Estás atrapado.

—Bueno. —El pájaro pareció meditarlo un momento—. No sabes reparar un ala rota, ¿a que no? —Agitó el ala herida. Al principio parecía simplemente de un gris parduzco, pero al mirarlo de cerca, Patricia vio que tenía franjas rojas y amarillas en las alas, el abdomen blanco como la nieve y un pico oscuro ligeramente serrado.

—No. No tengo ni idea. Lo siento.

—Vale. Así que podrías dejarme en un árbol y esperar que haya suerte, aunque probablemente me comerán o me moriré de hambre. —Ladeó la cabeza—. O... En fin, hay una cosa.

—¿Qué? —Patricia se miró las rodillas a través de los agujeros deshilachados del peto vaquero y pensó que tenía las rótulas en forma de huevos extraños—. ¿Qué? Miró al gorrión, que a su vez la examinaba desde el cubo con un ojo, como si intentara decidir si confiar en ella.

—Bueno —pio el pájaro—. En fin, podrías llevarme al Parlamento de las Aves. Pueden reparar un ala sin problema. Y si vas a ser bruja, deberías conocerlas de todas formas. Son las aves más listas de por aquí. Siempre se reúnen en el árbol más majestuoso del bosque. Casi todas tienen más de cinco años.

—Yo tengo más —dijo Patricia—. Tengo casi siete años; los cumplo en cuatro meses. O cinco. —Oía acercarse a Roberta, así que cogió el cubo y se adentró en el bosque a la carrera.

El gorrión, que se llamaba Dirrpidirrpisilbador, abreviado Dirrp, intentaba guiar a Patricia hacia el Parlamento de las Aves lo mejor que podía, pero desde dentro del cubo no veía por dónde iban, y Patricia no encontraba sentido a sus descripciones de las cosas que debía buscar. Todo aquello le

recordaba los ejercicios de cooperación del colegio, en los que no tenía nada que hacer desde que se mudó Kathy, su única amiga. Al final se puso a Dirrp en el dedo, como Blancanieves, y este se le subió al hombro de un saltito.

Anochece. El bosque era tan denso que Patricia casi no veía las estrellas ni la luna; se cayó varias veces y se arañó las manos y las rodillas, y se llenó el peto de tierra. Dirrp se aferraba con tanta fuerza al tirante del peto que le clavaba las uñas y casi le perforaba la piel. Cada vez estaba menos seguro de adónde iban, aunque sí sabía que el Árbol majestuoso estaba cerca de un arroyo, o puede que de un prado. Desde luego, estaba convencido de que era un árbol muy denso, apartado de los otros árboles, y que vistas desde el ángulo adecuado, las dos ramas principales del Árbol del Parlamento se desplegaban como alas. También le resultaba fácil saber en qué dirección avanzar, a partir de la posición del sol. Si no se hubiera puesto.

—Estamos perdidos en el bosque —dijo Patricia con un estremecimiento—. Seguramente acabaré en la tripa de un oso.

—No creo que haya osos en este bosque —dijo Dirrp—. Y si nos ataca alguno, puedes probar a hablar con él.

—¿Así que ahora puedo hablar con todos los animales? —A Patricia le parecía que iba a serle útil; por ejemplo, podía convencer al caniche de Mary Fenchurch de que mordiera a su dueña si volvía a tratarla con crueldad. O si la siguiente niñera que contrataran sus padres tenía un animal doméstico...

—No lo sé —dijo Dirrp—. A mí nadie me explica nada.

Patricia decidió que lo único que podía hacer era encaramarse al árbol más cercano para ver si desde allí divisaba algo. Como una carretera. O una casa. O cualquier cosa que Dirrp reconociera.

Hacía mucho más frío en lo alto del gran roble viejo al que Patricia consiguió trepar. El viento la calaba como si fuera agua en vez de simple aire. Dirrp se cubrió la cara

con el ala buena, y hubo que convencerlo para que mirase alrededor.

—Venga, vale —gorjeó—. A ver si consigo identificar el paisaje; no tenemos precisamente una vista de pájaro. La vista de pájaro estaría muy, muy por encima de esto. Tenemos una vista de ardilla, en el mejor de los casos. —Recorrió a saltos la copa del árbol hasta que divisó lo que podría ser uno de los árboles que señalizaban el camino del Árbol del Parlamento—. No estamos demasiado lejos. —Ya sonaba más alegre—. Pero tenemos que darnos prisa; no suelen reunirse de noche, a no ser que estén debatiendo algún asunto peliagudo. O que se celebre el Turno de Preguntas. Pero más te vale confiar en que no sea el Turno de Preguntas.

—¿Qué es el Turno de Preguntas?

—No quieres saberlo —dijo Dirrp.

A Patricia le estaba costando mucho más bajar del árbol de lo que le había costado subir, cosa que le parecía injusta. Se sentía constantemente a punto de perder pie, y la caída era de cuatro metros por lo menos.

—¡Anda!, ¡un pájaro! —dijo una voz desde la oscuridad justo cuando Patricia llegaba al suelo—. Ven aquí, pajarito, que solo quiero darte un mordisquito.

—Oh, no —dijo Dirrp.

—Te prometo que no jugaré mucho contigo —dijo la voz—. Será divertido, ya verás.

—¿Quién es? —preguntó Patricia.

—Tommington —respondió Dirrp—. Es un gato. Vive en una casa con personas, pero viene al bosque y mata a muchos de mis amigos. El Parlamento debate continuamente qué hacer con él.

—Oh. No me da miedo un gatito.

Tommington saltó, impulsado desde un tronco, y aterrizó en la espalda de Patricia como un proyectil peludo. Y con garras afiladas. Patricia chilló y estuvo a punto de caer de bruces.

—¡Quítate de encima! —dijo.

—¡Dame el pájaro! —respondió Tommington.

El gato negro de tripa blanca pesaba casi lo mismo que ella. Mostró los dientes y bufó en el oído de Patricia sin dejar de arañarla.

Patricia hizo lo único que se le ocurrió: cerró una mano alrededor del pobre Dirrp, que se sujetaba como podía, y se dobló hacia delante hasta casi tocarse los zapatos con la mano libre. El gato salió volando de su espalda, sin parar de refunfuñar.

—Cállate y déjanos en paz —dijo Patricia.

—Sabes hablar. Es la primera vez que oigo hablar a un ser humano. ¡Dame ese pájaro!

—No. Sé dónde vives. Conozco a tu dueño. Como te portes mal, se lo diré. Pienso chivarme. —Era un farol, más o menos. No sabía de quién era Tommington, pero igual su madre sí. Y si se presentaba en casa cubierta de mordiscos y arañazos, su madre se enfurecería. Con ella, pero también con el amo de Tommington. A nadie le convenía provocar la ira de la madre de Patricia, porque su profesión consistía en enfadarse y se le daba de maravilla.

Tommington había aterrizado de pie, con el pelo erizado y las orejas como puntas de flecha.

—¡Dame ese pájaro! —maulló.

—¡No! —dijo Patricia—. ¡Gato malo! —Le tiró una piedra. Tommington soltó un gemido agudo. Le tiró otra y el gato huyó a la carrera—. Vamos —le dijo a Dirrp, que no tenía voz ni voto en todo aquello—. Vámonos de aquí.

—No podemos permitir que ese gato averigüe dónde está el Parlamento —susurró Dirrp—. Si nos sigue, encontrará el Árbol, y menudo desastre. Deberíamos andar en círculos, como si estuviéramos perdidos.

—Es que estamos perdidos —dijo Patricia.

—Tengo una idea bastante aproximada de cómo ir desde aquí. Por lo menos, una noción o algo.

Al otro lado del árbol más grande se agitó la maleza y, durante un segundo, la luna iluminó un par de ojos rodeados de pelo y la chapa de un collar.

—¡Estamos perdidos! —dijo Dirrp en un trino lastimero—. Ese gato puede acecharnos eternamente. Para el caso, podrías ponerme en manos de tu hermana. No hay nada que hacer.

—Un momento. —Patricia empezaba a recordar algo sobre los gatos y los árboles; lo había visto en un libro de ilustraciones—. Sujétate bien, pajarito. Sujétate muy bien, ¿vale?

La única respuesta de Dirrp consistió en aferrarse con más fuerza al tirante del mono. Patricia examinó unos cuantos árboles hasta que dio con uno de ramas bastante resistentes, y se puso a trepar. Estaba más cansada que antes y resbaló un par de veces. En una ocasión se aupó hasta la rama siguiente con las dos manos y después, al mirarse el hombro, no vio a Dirrp. Se quedó sin aliento hasta que vio asomar su cabeza, y se dio cuenta de que simplemente se había agarrado al tirante más cerca de la espalda.

Por fin estaban en lo alto del árbol, que se balanceaba un poco con el viento. Tommington no los seguía. Patricia miró a su alrededor dos veces, en todas direcciones, hasta que vio una silueta peluda en el suelo.

—¡Gato estúpido! —gritó—. ¡Gato estúpido! ¡No puedes alcanzarnos!

—Eres la primera persona que conozco que sabe hablar —maulló Tommington—, ¿y crees que el estúpido soy yo? ¡Graaah! ¡Vas a probar mis garras!

El gato, que probablemente tenía mucha práctica en trepar por uno de esos castillos acolchados en su casa, corrió tronco arriba, saltó a una rama y después a otra más alta. Antes de que Patricia y Dirrp se dieran cuenta de qué ocurría, el gato estaba a mitad de camino.

—¡Estamos atrapados! ¿En qué estabas pensando? —cantó Dirrp.

Patricia esperó a que Tommington llegara arriba para pasar al otro lado del árbol y bajar de rama en rama, tan deprisa que estuvo a punto de dislocarse el hombro, y al final aterrizó de culo con un «¡Ufff!».



—¡Eh! —dijo Tommington desde la copa del árbol, donde sus ojazos reflejaban la luz de la luna—. ¿Dónde os habéis metido? ¡Volved aquí!

—Eres un gato malo —dijo Patricia—. Eres un abusón y voy a dejarte ahí arriba. Deberías pensar en lo que has estado haciendo. No está bien ser tan malo. Mañana me encargaré de que venga alguien a bajarte, pero por ahora puedes quedarte ahí. Tengo cosas que hacer. Adiós.

—¡Esperad! No puedo quedarme aquí arriba. ¡Está demasiado alto! ¡Tengo miedo! ¡Volved!

Patricia no miró atrás. Oyó los gritos de Tommington durante un buen rato, hasta que cruzaron una amplia línea de árboles. Se perdieron dos veces más, y Dirrp se echó a llorar contra el ala buena hasta que se toparon con un sendero que conducía al Árbol secreto. Desde ahí solo había que subir por una cuesta empinadísima, llena de raíces semienterradas.

Lo primero que vio Patricia fue la copa del Árbol del Parlamento, y después pareció que iba saliendo de la tierra, haciéndose más alto e impresionante a cada paso. Su forma recordaba vagamente la de un pájaro, tal como había dicho Dirrp, pero en vez de plumas tenía ramas oscuras con pinchos y hojas que llegaban hasta el suelo. Se alzaba como la iglesia más alta del mundo. O como un castillo. Patricia no había visto nunca un castillo, pero suponía que se alzarían así.

Cien pares de alas aletearon con su llegada y después pararon. Una amplia colección de formas desapareció dentro del árbol.

—No pasa nada —dijo Dirrp—. Viene conmigo. Me he roto un ala y me ha traído aquí para que me ayudéis.

Durante largo rato no hubo más respuesta que el silencio. Entonces asomó un águila cerca de la parte superior del árbol, un ave de cabeza blanca con el pico curvado y unos ojos claros que taladraban.

—No deberías haberla traído —dijo el águila.

—Lo siento —dijo Dirrp—, pero no pasa nada. Sabe hablar. Sabe hablar de verdad. —Giró hacia el oído de Patricia—. ¡Enséñaselo! ¡Enséñaselo!

—Uh... Hola —dijo Patricia—. Siento molestaros, pero necesitamos vuestra ayuda.

Al oír hablar a una humana, todas las aves se precipitaron en un frenesí de clamores y gorjeos, hasta que un gran búho, cerca del águila, golpeó la rama con una piedra y gritó:

—¡Orden! ¡Orden!

El águila adelantó la algodonosa cabeza blanca para examinar a Patricia.

—Así que eres la nueva bruja de nuestro bosque, ¿eh?

—No soy una bruja. —Patricia se mordisqueó el pulgar—. Soy una princesa.

—Más te vale ser una bruja. —El gran cuerpo del águila se agitó en la rama—. Porque si no, Dirrp ha transgredido la ley al traerte a nuestra presencia, y tendremos que castigarlo. Y desde luego, en ese caso no lo ayudaremos a curarse el ala.

—Oh. Entonces soy una bruja, supongo.

—Ah. —El águila hizo chocar el pico ganchudo—. Pero tienes que demostrarlo, o tanto Dirrp como tú seréis castigados.

A Patricia no le gustó como sonaba aquello. Varias aves se pusieron a hablar del reglamento, y un cuervo inquieto se puso a recitar cuestiones clave de la normativa parlamentaria. Un pájaro se puso tan pesado que el águila se vio obligada a ceder la rama al Honorable Caballero de Robleancho, que entonces se olvidó de lo que iba a decir.

—¿Y cómo demuestro que soy una bruja? —Patricia se preguntaba si podría salir corriendo. Los pájaros eran muy veloces, ¿verdad? Probablemente no podría escapar de una bandada, y como se enfadarán con ella... Sobre todo si eran pájaros mágicos.

—Bien. —Un gran pavo que ocupaba una rama baja, con un zarzo que recordaba la corbata roja de los jueces, se enderezó y pareció consultar unas marcas talladas en el tronco

del Árbol antes de volverse y soltar un elevado y cultivado *grlp*—. Bien —repitió—. En la literatura se describen diversos métodos reconocidos. Algunos son juicios a muerte, pero quizá sea mejor dejarlos de lado de momento. También hay una serie de ritos, pero para eso es necesario tener cierta edad... Ah, aquí hay uno muy bueno: podemos plantearle la Pregunta Infinita.

—Ohhh, la Pregunta Infinita —dijo un urogallo—. Qué emoción.

—Yo nunca he oído a nadie responder a la Pregunta Infinita —dijo un azor—. Es más divertido que el Turno de Preguntas.

—Hmmm —dijo Patricia—. ¿La Pregunta Infinita lleva mucho tiempo? Porque seguro que mis padres están preocupados. —No paraba de pensar en que ya debería haber cenado y haberse ido la cama, pero estaba aterida en pleno bosque, por no mencionar que seguía sin saber dónde estaba.

—Demasiado tarde —dijo el urogallo.

—Vamos a plantearla —dijo el águila.

—Esta es la pregunta —dijo el búho—: ¿Los árboles son rojos?

—Uh... ¿Podéis darme una pista? Hmmm, ¿rojos, de color rojo? —Los pájaros no respondieron—. ¿Podéis darme más tiempo? Prometo que contestaré, pero necesito más tiempo para pensar. Por favor. Necesito más tiempo. ¿Por favor?

Lo siguiente que supo Patricia fue que su padre la cogía en brazos. Se había puesto la camisa de lija, le raspaba la cara con la barba pelirroja y todo el tiempo estaba a punto de dejarla caer, porque intentaba trazar con las manos complejas fórmulas de valoración mientras la llevaba en brazos, pero a ella le daba igual porque seguía estando calentita y era perfecto que su papá la llevara a casa.

—Estaba en la linde del bosque de aquí cerca —le dijo su padre a su madre—. Se habrá perdido y habrá salido por otro sitio. Es un milagro que esté bien.

—Nos has dado un susto de muerte. Hemos estado buscándote, con todos los vecinos. Juraría que te piensas que mi tiempo no vale nada. Me has hecho perder el plazo de entrega de un análisis de productividad de la gestión. —La madre de Patricia tenía el pelo recogido, lo que le hacía más puntiagudas la nariz y la barbilla. Subió los hombros huesudos casi hasta los pendientes antiguos.

—Solo quiero entender a qué ha venido esto —dijo el padre de Patricia—. ¿Qué te hemos hecho para que te comportes así?

Roderick Delfine era un genio del sector inmobiliario que trabajaba mucho en casa y se encargaba de las niñas entre niñera y niñera, sentado en un taburete de la barra que daba a la cocina y con el ancho rostro hasta las cejas de ecuaciones. A Patricia se le daban bastante bien las matemáticas, menos cuando pensaba demasiado en lo que no era, como que el tres parecía un ocho partido por la mitad y, por tanto, dos treses deberían valer ocho.

—Nos está poniendo a prueba —dijo la madre de Patricia—. Pone a prueba nuestra autoridad porque hemos sido demasiado blandos con ella.

Belinda Delfine había sido gimnasta, y sus padres la habían sometido a océanos de presión para que fuera la mejor, aunque nunca entendió que la gimnasia tuviera jueces; deberían medirlo todo con cámaras y puede que láseres. Conoció a Roderick cuando este empezó a asistir a todos sus torneos, y juntos idearon un sistema de medición gimnástica absolutamente objetivo que nadie había adoptado jamás.

—Mírala. Se está riendo de nosotros —añadió, como si no tuviera a Patricia delante—. Tenemos que demostrarle que vamos en serio.

A Patricia no le había parecido estar riéndose, en absoluto, pero ahora estaba aterrorizada pensando que podía ha-

ber dado esa impresión. Se esforzó un montón para poner la cara más seria que pudo.

—Yo nunca me habría escapado así —dijo Roberta; se suponía que debía dejarlos a solas a los tres en la cocina, pero había entrado a buscar un vaso de agua y a jactarse.

Dejaron a Patricia encerrada en su cuarto una semana. Le pasaban la comida por debajo de la puerta, que tendía a raspar la parte superior de cualquier cosa que hubiera en el plato. Por ejemplo, si era un sándwich, la puerta le quitaba el pan de arriba. No apetece mucho comerse un sándwich cuando la puerta se ha comido el primer bocado, pero si se tiene bastante hambre, se come.

—Piensa en lo que hiciste —decían los padres.

—Puedo comerme todos sus postres de los siete próximos años —decía Roberta.

—¡Ni hablar! —decía Patricia.

Toda la experiencia del Parlamento de las Aves se convirtió en una especie de bruma para Patricia. La recordaba sobre todo en sueños y fragmentos. Una o dos veces, en clase, la asaltó la imagen de un pájaro que le hacía una pregunta, pero no recordaba qué le había preguntado ni si había respondido. Había perdido la capacidad de entender el habla de los animales mientras estaba encerrada en su habitación.

## 2

Odiaba que lo llamaran Larry. No lo soportaba. Y así, por supuesto, todo el mundo lo llamaba Larry, hasta sus padres a veces. «Me llamo Laurence —insistía, mirando al suelo—. Con u, no con uve doble». Laurence sabía quién era y cómo funcionaba, pero el mundo se negaba a reconocerlo.

En el colegio, los otros niños lo llamaban Larry Barry o Larry Fairy. O, cuando se enfadaba, TemibLarry, aunque era una expresión de ironía infrecuente entre los trogloditas de sus compañeros, ya que, de hecho, Larry no tenía nada de temible. Normalmente anteponían un «Oooh» para explicar el chiste. Tampoco era que a Laurence le apeteciera ser temible; solo quería que lo dejaran en paz y, tal vez, que los demás lo llamaran por su nombre si tenían que hablar con él.

Laurence era menudo para su edad, con el pelo del color de las hojas de finales de otoño, la mandíbula alargada y unos brazos como cuellos de caracol. Sus padres le compraban la ropa de una talla y media más, porque no paraban de pensar que en cualquier momento daría el estirón e intentaban ahorrar. Así que se pasaba la vida tropezando con las perneras demasiado largas y abultadas de los vaqueros y con las manos perdidas en las mangas de la cazadora. Aunque hubiera intentado tener una planta intimidatoria, la falta de manos y pies visibles se lo habría puesto difícil.

Lo único bueno de la vida de Laurence eran los juegos de PlayStation ultraviolentos en los que vaporizaba a miles de enemigos imaginarios. Pero después encontró otras cosas en Internet: rompecabezas que tardaba horas en resolver y juegos multijugador en los que libraba intrincadas campañas. No tardó mucho en ponerse a escribir código.

Al padre de Laurence se le habían dado bastante bien los ordenadores, pero después creció y se puso a trabajar en seguros, donde también se valoraba la destreza numérica pero no era nada que pudiera interesar oír a nadie. Últimamente estaba de los nervios porque pensaba que iba a quedarse sin trabajo y todos se iban a morir de hambre. La madre de Laurence estaba escribiendo la tesis de Biológicas cuando se quedó embarazada y su director de tesis se largó, y entonces decidió tomarse un tiempo libre y nunca retomó los estudios.

Los dos estaban preocupadísimos porque Laurence se pasaba delante del ordenador todas las horas que estaba despierto y acabaría con una disfunción social, como su tío Davis. Así que lo obligaron a asistir a una sucesión interminable de clases destinadas a Sacarlo de Casa: judo, baile moderno, esgrima, waterpolo para principiantes, natación, comedia de improvisación, boxeo, paracaidismo y, lo peor de todo, los fines de semana de supervivencia. En todas aquellas clases se veía obligado a ponerse otro uniforme que le quedaba grande mientras los niños gritaban «Larry, Larry, gililarry» y le hacían aguadillas o lo tiraban antes de tiempo del avión o lo obligaban a improvisar mientras lo sostenían cabeza abajo por los tobillos.

Laurence se preguntaba si no habría por ahí otro niño, llamado Larry, a quien le diera igual que lo tirasen por la ladera de una montaña. Larry podría ser la versión de Laurence en un universo alternativo, y quizá le bastaría con acumular toda la energía solar que llegaba a la Tierra durante cinco minutos o así para generar en la bañera una fisura localizada del espaciotiempo e ir al otro universo a secuestrar a Larry. Así, Larry podría salir a que lo torturasen y Laurence podría

quedarse en casa. La parte difícil era dar con la forma de agujerear el universo antes del torneo de judo, para el que faltaban dos semanas.

—Eh, Larry Fairy —dijo Brad Chomner en el colegio—. Piensa deprisa. —Era una de esas frases a las que Laurence no encontraba el menor sentido, ya que la gente que decía «Piensa deprisa» tendía a pensar notablemente despacio. Y solo lo decían cuando estaban a punto de hacer algo que contribuyera a la inercia mental colectiva. Aun así, nunca se le había ocurrido una réplica adecuada para «Piensa deprisa», y no habría tenido tiempo de soltarla, fuera la que fuera, porque siempre le pasaba algo desagradable al instante. Laurence tuvo que ir a limpiarse.

Un día, Laurence encontró en Internet unos esquemas que se imprimió y releyó cien veces hasta que empezó a entender qué significaban, y en cuanto los combinó con un diseño de batería solar que se encontró enterrado en un post de un foro antiguo, empezó a tener algo. Le robó a su padre el viejo reloj de pulsera sumergible, y lo ensambló con varias piezas rescatadas de un montón de microondas y teléfonos móviles y unos cuantos chismes de una tienda de electrónica. Al final tenía una máquina del tiempo funcional que se ajustaba a la muñeca.

El dispositivo era sencillo: solo tenía un botón, y cuando se pulsaba se saltaba dos segundos hacia delante. No podía hacer nada más; no había forma de ampliar el alcance ni de retroceder. Laurence probó a filmarse con la webcam y se encontró con que cuando pulsaba el botón era como si desapareciera brevemente. Pero solo podía usarlo de tarde en tarde si no quería tener el peor dolor de cabeza de su vida.

Al cabo de unos días, Brad Chomner le dijo «Piensa deprisa», y Laurence pensó deprisa y se pulsó el botón de la muñeca. La masa blancuzca que volaba en su dirección aterrizó con un *chof*. Todo el mundo miró a Laurence, al ro-



llo de papel higiénico mojado que se desparramaba por las baldosas y otra vez a Laurence. Laurence puso el «reloj» en standby, lo que significaba que no le funcionaría a nadie que trasteara con él. Pero no tenía por qué preocuparse: todo el mundo pensó que simplemente se había agachado con unos reflejos sobrehumanos. El señor Grandison salió del aula echando humo y preguntó que quién había tirado ese rollo de papel higiénico, a lo que todo el mundo contestó que Laurence.

Ser capaz de saltarse dos segundos podía resultar bastante útil, si se elegían los dos segundos adecuados. Como cuando estaba cenando con sus padres y su madre acababa de hacer un comentario sarcástico sobre su padre, al que habían vuelto a olvidar en una ronda de ascensos, y sabía que su padre iba a tener un estallido de resentimiento breve pero letal. Había que calcular con una exactitud sobrenatural para pulsar el botón en el preciso instante en que se lanzaba la pulla. Había un centenar de indicios: el olor del guiso quemado, la sensación de que bajaba levemente la temperatura de la habitación, el crujido del hornillo al enfriarse... Podía dejar atrás la realidad y reaparecer cuando hubiera pasado.

Pero había muchas más ocasiones. Como cuando Al Dannes lo lanzó de un columpio a la arena del parque de juegos; se desmaterializó justo al aterrizar. O cuando una niña pija estaba a punto de acercársele y fingir que era amable con él, solo para reírse de ello con sus amigas mientras se alejaban. O cuando un profesor se ponía a soltar un discurso especialmente tedioso; aunque solo fueran dos segundos, valía la pena ahorrárselos. Nadie parecía darse cuenta de que se desmaterializaba, quizá porque para eso habría que estar mirándolo fijamente y nadie lo miraba nunca. Le habría gustado poder usar el dispositivo más de unas pocas veces al día sin que le doliera la cabeza.

Además, saltar adelante en el tiempo solo realzaba el problema básico: Laurence no tenía expectativas de futuro.

Al menos así se sentía hasta que vio la imagen de la estilizada figura que relucía al sol. Mientras contemplaba las curvas sinuosas, el precioso cono del morro y los potentes motores, algo se despertó en su interior. Un sentimiento que no había experimentado en mucho tiempo: emoción. Este cohete casero de financiación privada se iba a poner en órbita gracias al extravagante inversor tecnológico Milton Dirth y unas docenas de amigos suyos, fabricantes o alumnos del MIT. Se lanzaría en unos días, cerca del campus, y Laurence tenía que estar allí. Jamás había deseado nada tanto como deseaba presenciar aquello personalmente.

—Papá —dijo Laurence. Ya empezaba con mal pie: su padre estaba mirando el portátil, con las manos ante la cara como si intentara protegerse el bigote, cuyos extremos coincidían con las marcadas arrugas de los lados de la boca. Laurence había elegido un mal momento. Demasiado tarde; ya se había lanzado—. Papá —repitió—, el martes hay una especie de prueba de un cohete. Lo explican en este artículo.

El padre de Laurence estaba a punto de quitárselo de encima cuando entró en acción alguna resolución semiolvidada de sacar tiempo para su hijo.

—Oh. —Siguió mirando el portátil, que mostraba una hoja de cálculo, hasta que lo cerró para prestar a Laurence tanta atención como pudo—. Sí, algo he oído. Es ese Dirth. Una especie de prototipo ligero, ¿no? Que más adelante se podría usar para alunizar en la cara oculta. Algo he oído. —A continuación se puso a bromear sobre un grupo antiguo llamado Floyd, la marihuana y la luz negra.

—Sí. —Laurence interrumpió la perorata de su padre antes de que la conversación se le fuera de las manos—. Eso es, Milton Dirth. Y me gustaría muchísimo ir a verlo. Es como una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida. He pensado que podríamos convertirlo en una actividad de padre e hijo. —Su padre no podía rechazar una actividad de padre e hijo, ya que equivaldría a reconocer que era un mal padre.

—Oh. —Su padre tenía una expresión avergonzada en los ojos hundidos tras las gafas de montura cuadrada—. ¿Quieres ir? ¿El martes que viene?

—Sí.

—Pero... Es que tengo trabajo. Ha salido un proyecto nuevo, y como no lo borde voy a quedar fatal. Y a tu madre no le hará gracia que faltes al colegio. Además, podrás verlo en el ordenador. Seguro que lo retransmiten por webcam o algo así. Ya sabes que esas cosas son aburridas en vivo: hay que pasar mucho tiempo de pie y la mitad de las veces acaban retrasándolo. Si fueras, no podrías ver nada; lo apreciarás mejor por Internet. —Sonaba como si intentara convencerse a sí mismo tanto como a su hijo.

Laurence asintió. Cuando su padre se ponía a aducir razones, no servía para nada discutirse las. Así que no dijo nada hasta que pudo retirarse a salvo. Entonces subió a su habitación y se puso a mirar horarios de autocares.

Al cabo de unos días, mientras sus padres seguían durmiendo, Laurence bajó a hurtadillas al vestíbulo, donde el bolso de su madre reposaba en una mesita. Abrió el cierre como si de dentro fuera a saltar un animal vivo. Todos los ruidos de la casa sonaban demasiado altos: la cafetera que se calentaba y la nevera que zumbaba. Laurence sacó del bolso una cartera de cuero y cogió cincuenta pавos. Era la primera vez que robaba, y no dejaba de esperar que la policía irrumpiera por la puerta y lo esposara.

La segunda fase del plan de Laurence consistía en encarrarse con su madre justo después del robo. La pilló recién levantada, ojerosa y envuelta en la bata con estampado de caléndulas, y le dijo que había una excursión del colegio y tenía que firmarle una autorización: ya había entendido una gran verdad universal, y era que nadie le pedía la documentación de nada si él pedía la documentación primero. La madre de Laurence sacó un abultado bolígrafo ergonómico y garrapateó el justificante. Se le estaba pelando el esmalte. Laurence le dijo que a lo mejor se quedaban a dormir, en

cuyo caso llamaría para avisar. Su madre agitó los rizos, de un rojo vivo, al asentir.

Mientras se dirigía a la estación de autocares, Laurence vivió un momento de nerviosismo. Iba a emprender un viaje él solo, nadie sabía dónde estaba y no llevaba más que cincuenta dólares en el bolsillo, aparte de una moneda romana falsa. ¿Y si alguien salía de detrás de los contenedores de la plaza comercial y lo atacaba? ¿Y si alguien lo arrastraba a una furgoneta y se lo llevaba a cientos de kilómetros para cambiarle el nombre a Darryl y obligarlo a vivir como un hijo escolarizado en casa? Laurence había visto un telefilme con ese argumento.

Pero entonces recordó los fines de semana de supervivencia, y que había encontrado agua potable y raíces comestibles, y que hasta había ahuyentado a aquella ardilla listada que parecía dispuesta a luchar con él por los víveres. Odiaba a muerte aquellas excursiones, pero si había sobrevivido a eso, era capaz de ir en autocar a Cambridge y averiguar cómo llegar al lugar del lanzamiento. Era Laurence de Ellenburg y era imperturbable. Acababa de darse cuenta de que la imperturbabilidad no tenía nada que ver con que la gente pudiera mancharle la ropa y empleaba el término siempre que podía.

—Soy imperturbable —le dijo al conductor del autocar, que se encogió de hombros como si él lo hubiera sido en otros tiempos hasta que alguien lo perturbó.

Laurence se había aprovisionado bien de comida, pero solo llevaba un libro, delgado y de tapa blanda, sobre la última gran guerra interplanetaria. Se lo terminó en una hora y se quedó sin nada que hacer salvo mirar por la ventanilla. Los árboles que flanqueaban la autopista parecían decelerar cuando el autocar pasaba junto a ellos, y después aceleraban de nuevo. Una especie de dilatación temporal.

El autocar llegó a la estación de Boston, y Laurence tenía que buscar el autobús. Fue caminando hasta Chinatown, donde había gente que vendía cosas en la calle y restaurantes

con acuarios enormes en el escaparate, como si los peces quisieran examinar a los clientes potenciales antes de permitirles entrar. Después, ya en el autobús, cruzó el río, y el Museo de Ciencia resplandecía al sol de la mañana abriéndole los brazos de acero y cristal y exhibiendo el planetario.

No fue hasta que Laurence llegó al campus del MIT y estaba delante del Legal Sea Foods, intentando interpretar los códigos de los edificios en el plano, cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde se iba a producir el lanzamiento del cohete.

Laurence había imaginado que llegaría al MIT y sería como una versión ampliada de la Escuela Elemental de Murchison, con unos escalones en la entrada y un tablero de corcho donde la gente anunciaría las actividades. Ni siquiera pudo entrar en los dos primeros edificios que probó. Encontró un tablón donde se anunciaban conferencias, consejos para ligar y los premios Ig Nobel, pero no había ninguna mención de cómo presenciar el gran lanzamiento.

Acabó en Au Bon Pain, comiéndose una magdalena de maíz y sintiéndose estúpido. Si pudiera entrar en Internet, tal vez lograra averiguar qué hacer a continuación, pero sus padres aún no le dejaban tener móvil y, menos aún, portátil. En la cafetería sonaban temas antiguos y lastimeros: Janet Jackson se quejaba de que estaba muy sola y Britney Spears confesaba que había vuelto a hacerlo. Enfriaba cada trago de chocolate con un largo soplido mientras intentaba elaborar una estrategia.

No estaba el libro. El que había estado leyendo en el autocar. Lo había dejado en la mesa, junto a la magdalena, y ya no estaba. No, un momento: lo tenía una mujer de veintitantos años, de trenzas largas castañas, rostro ancho y un jersey rojo tremendamente peludo. Tenía las manos callosas y llevaba botas de trabajo. Daba vueltas y más vueltas al libro de Laurence.

—Perdona —le dijo la mujer—. Recuerdo este libro. Me lo leí unas tres veces cuando iba al instituto. Es el del sistema

binario que entra en guerra con las IA que viven en el cinturón de asteroides, ¿verdad?

—Hmmm, sí —dijo Laurence.

—Buena elección. —Estaba mirando la muñeca de Laurence—. Oye, eso es una máquina del tiempo de dos segundos, ¿no?

—Hmmm, sí —dijo Laurence.

—Mola. Yo también tengo una. —Se la enseñó. Era más o menos como la de Laurence, aunque un poco más pequeña y con calculadora—. Tardé siglos en entender esos diagramas de Internet. Es como un examen de aptitudes para la ingeniería, de perseverancia y de todo eso, pero al final se consigue un dispositivo de lo más útil. ¿Te importa que me siente? Estar de pie por encima de ti me hace sentir como una especie de figura de autoridad.

Laurence le dijo que adelante. Le costaba contribuir a aquella conversación. La mujer se sentó frente a él y los restos de la magdalena. Ahora que la tenía a la misma altura, le pareció bastante mona. Tenía la nariz chata y la barbilla redondeada, y le recordaba a una profesora de Sociales con la que había estado encoñado el año anterior.

—Me llamo Isobel —dijo la mujer— y soy ingeniera aeroespacial. —Resultó que había ido por el gran lanzamiento del cohete, pero lo habían aplazado por algún problema de última hora, por el clima o a saber—. Probablemente lo lanzaremos en unos días —añadió—. Ya sabes cómo van estas cosas.

—Oh. —Laurence clavó la vista en la espuma del chocolate caliente. Así que ya estaba. No iba a poder ver nada. Por algún motivo había llegado a convencerse de que, si presenciaba el despegue de un cohete, si había tenido delante algo que luego se liberaba de la gravedad de nuestro planeta, él también se liberaría. Podría volver a clase y no le importaría, porque habría estado en contacto con algo que estaba en el espacio exterior.

Ahora iba a ser el bicho raro que había hecho novillos porque sí. Se quedó mirando la portada del libro, que repre-

sentaba una nave espacial voluminosa y a una mujer desnuda con ojos por pechos. No se echó a llorar ni nada de eso, pero le apetecía bastante. La portada del libro proclamaba: «VIAJARON A LOS CONFINES DEL UNIVERSO... ¡PARA DETENER UN DESASTRE GALÁCTICO!».

—Rayos —dijo Laurence—. Gracias por avisarme.

—De nada —dijo Isobel.

Se puso a hablar del lanzamiento del cohete y de lo revolucionario que era el nuevo diseño, cosas que Laurence ya sabía, y entonces se fijó en que estaba abatido.

—Eh, no te preocupes —añadió—. Solo se ha aplazado unos días.

—Ya —dijo Laurence—. Pero no podré venir.

—Oh.

—Tengo otras cosas que hacer sin falta. —Tartamudeaba un poco. Se agarró al borde de la mesa y unas ondas recorrieron la nata que se había formado en el chocolate.

—Debes de ser un hombre muy ocupado —dijo Isobel—. Suena como si tuvieras una agenda apretadísima.

—En realidad, todos los días son iguales que todos los demás. Menos hoy. —Y se echó a llorar. Maldita sea.

—¡Oye! —Isobel abandonó la silla de enfrente y se sentó a su lado—. Oye, oye, no pasa nada. Una cosa: ¿tus padres saben dónde estás?

—No... —Laurence se sorbió los mocos—. No exactamente.

Al final se lo contó todo: que le había robado cincuenta dólares a su madre, que había faltado a clase y que había cogido un autocar y un autobús. Mientras se lo contaba se sentía mal por haber preocupado a sus padres, pero también sabía, con seguridad creciente, que no podría repetir aquella hazaña, al menos en pocos días.

—Vale —dijo Isobel—. Vaya. Supongo que debería llamar a tus padres. Pero tardarán un buen rato en llegar, sobre todo con las instrucciones liosas que pienso darles para llegar al lugar del lanzamiento.

—¿Al lugar del lanzamiento? Pero...

—Porque ahí será donde estés cuando lleguen. —Le dio unas palmaditas en el hombro. Laurence ya había dejado de llorar, gracias a Dios, y se estaba recomponiendo—. Vamos. Voy a enseñarte el cohete y todas las instalaciones, y también voy a presentarte a unos cuantos del equipo.

Se puso en pie y tendió la mano a Laurence, que la aceptó.

Y así fue como Laurence conoció a una docena o así de los frikis de los cohetes más molones de la Tierra. Isobel lo llevó en su Mustang rojo con aroma de tabaco. Laurence, con los pies enterrados en bolsas de Fritos, oyó por primera vez a MC Frontalot en ese coche.

—¿Has leído a Heinlein? —preguntó Isobel—. Puede que aún no tengas edad, pero seguro que te gustan sus juveniles. Toma. —Escarbó un poco en el asiento trasero y sacó un libro destartado, titulado *Consigue un traje espacial: viajarás*, con una portada agradablemente folletinesca. Le dijo que podía quedárselo, porque ella tenía otro ejemplar.

Recorrieron Memorial Drive y, después, una serie interminable de autopistas, rotondas y túneles idénticos, y Laurence se dio cuenta de que Isobel tenía razón: sus padres se habrían perdido varias veces mientras intentaban ir a buscarlo incluso aunque les diera indicaciones perfectas, no liosas. Siempre se quejaban de que conducir por Boston era meterse en un laberinto. La tarde se oscureció cuando el cielo se llenó de nubarrones, pero a Laurence le daba igual.

—Ahí lo tienes —anunció Isobel—. Un cohete tierra-órbita de una sola etapa. He venido desde Virginia solo para colaborar en el proyecto. Mi novio se muere de celos.

Tenía dos o tres veces el tamaño de Laurence y estaba metido en un granero cercano al agua. Resplandecía; el fuselaje de metal claro captaba los rayos de sol que entraban por las ventanas. Isobel lo rodeó con Laurence mientras le hablaba de detalles técnicos, como el aislamiento de nanofibra de carbono que rodeaba los depósitos de combustible y la carcasa ligera, de polímero silicatado, de los motores.



Laurence alargó la mano hacia el cohete y sintió su piel granulosa en las yemas de los dedos. La gente empezaba a acercarse a preguntar quién era aquel chaval y por qué estaba tocando su precioso cohete.

—Es un equipo muy delicado. —Un hombre de labios apretados con jersey de cuello alto se cruzó de brazos.

—No podemos dejar que entren niños a trastear en el granero del cohete —dijo una mujer menuda que llevaba un mono.

—Laurence —dijo Isobel—, enséñaselo.

Supo a qué se refería. Se llevó la mano izquierda a la muñeca derecha y pulsó el botón. Notó la sensación familiar, como si el corazón se le parase un instante o como si respirase dos veces, pero duraba muy poco. Y ya habían pasado dos segundos y seguía al lado de un precioso cohete, rodeado de gente que lo miraba de hito en hito. Todos aplaudieron, y Laurence observó que todos ellos llevaban una máquina del tiempo en la muñeca, como si fuera una moda. O una insignia.

A partir de entonces lo trataron como a uno más. Había conquistado una partícula de tiempo y ellos conquistaban una partícula de espacio. Entendían, como él, que aquello era un anticipo. Un día poseerían una parte mucho mayor del cosmos, o si no ellos, sus descendientes. Había que celebrar las pequeñas victorias y soñar con las grandes.

—Oye, chaval —dijo un tipo de pelo largo con vaqueros y sandalias—, mira lo que he hecho con el diseño de este propulsor. Mola bastante.

—Lo que hemos hecho —corrigió Isobel.

El del cuello alto era mayor; tendría más de treinta o cuarenta años, puede que hasta más de cincuenta, con un pelo ralo entrecano y unas cejas enormes. No paraba de hacer preguntas a Laurence y apuntar cosas en el teléfono. Le pidió dos veces que deletreara su nombre.

—Recuérdame que mire en qué andas cuando cumplas los dieciocho, chaval —le dijo. Alguien llevó a Laurence un refresco y un trozo de pizza.

Cuando llegaron los padres de Laurence, echando humo después de haber tenido que aclararse con el Turnpike, Storrow Drive, los túneles y todo eso, Laurence se había convertido en la mascota de la pandilla del Cohete Orbital Monofase. Durante el largo camino de regreso, Laurence apagó mentalmente la voz de sus padres, que le explicaban que la vida no es una aventura, por el amor de Dios, que la vida es un largo esfuerzo y una serie de responsabilidades y exigencias. Cuando Laurence tuviera suficiente edad para hacer lo que quisiera, tendría suficiente edad para entender que no podía hacer lo que quisiera.

Se puso el sol. La familia paró a tomar una hamburguesa y seguir dándole la brasa. Laurence miraba disimuladamente, debajo de la mesa, su ejemplar abierto de *Consigue un traje espacial: viajarás*. Ya se había leído la mitad.